EL HOMBRE QUE SE PERDIO EN LA NIEBLA

por Pedro Montero

Una de las ventanas del ático estaba iluminada. El jardín se encontraba desierto, y supuse que la cancela se abriría desde fuera. Atravesé el sendero de grava y entré en el amplio vestíbulo. Desde las escaleras llegaba el monótono teclear de una máquina de escribir.

Ascendí al primer piso sin tropezar con nadie y recorrí lentamente todas las habitaciones, recreándome en la idea de que él se hallaría a mi alcance dentro de unos instantes.

Una vez en el ático, avancé por el pasillo guiado por le martilleo de la máquina hasta que me encontré en el umbral de la habitación iluminada, al fondo de la cual, y de espaldas a mí, continuaba escribiendo, no sé si ajeno o no a mi presencia dentro de la casa.

Con paso lento inicié el recorrido que me separaba de él, que, como si presintiera algo anormal, vaciló un segundo en su continuo teclear para reanudarlo acto seguido con redoblada energía.

Me situé a su espalda y miré el folio sobre el que estaba escribiendo. Me detuve unos instantes deliberadamente esperando que se volviera reparando en mi presencia, pero no lo hizo. El sabía que me encontraba allí, pero tenía que darse prisa y poner término a la tarea emprendida antes de que mis manos rodearan firmemente su cuello.

Exhalando un profundo suspiro, sus dedos martillearon la postrer palabra de la narración, y ya se disponía a mecanografiar el fin, cuando me abalancé sobre su garganta y la oprimí con todas mis fuerzas hasta que dejó de agitarse y se derrumbó sobre la máquina como un muñeco desmadejado. Su frente chocó contra varias teclas, y en el lugar en que debería haber aparecido el último vocablo, quedó escrita una estrambótica palabra carente por completo de vocales, una voz imposible e ilógica, que sin embargo convenía perfectamente a tan insólito discurso. «TGBHF».

* * *

La joven se aproximó a la mesa con sonrisa estudiada y se sentó sin más prolegómenos.

–¿Me invitas?

El asintió distraídamente y volvió a enfrascarse en sus pensamientos.

–¿Tú no bebes?
Por toda respuesta, él se llevó la copa a los labios y la apuró de un trago, casi con desesperación
–Háblame –dijo ella–. Estoy acostumbrada a escuchar las cosas más insólitas y los relatos más desesperanzados. Es bueno desahogarse con alguien –añadió, e hizo una seña al camarero que volvió a llenar las copas.
–¿Cómo te llamas? –preguntó finalmente.
–Mi nombre es el que tú desees, y mi rostro también –manifestó la joven–. En la oscuridad de mi cuarto puedes hacerte la ilusión de que soy ella. Me bastarán pocas palabras para saber cómo tratarte y de qué forma mitigar tu desesperación.
–¿Cómo notas que estoy desesperado?
–Es igual que si me mirara en un espejo, pero bebe de nuevo. El jefe no nos deja ser sentimentales; solamente lo justo para conseguir descorchar otra botella de champán.
–Está bien –repuso él levantando su copa–. Por nosotros.
–¿Cómo era ella?
El hombre vaciló unos instantes y luego respondió.
–Supongo que muy bella, muy parecida a ti. Amable, comprensiva, cariñosa, paciente..., quizá algo voluble, pero siempre volvía a mí. Supongo...
–¿No lo sabes con certeza?
Los ojos del hombre se fijaron en los de la muchacha y hubo un largo silencio.
–¿De dónde vienes?
–Cuando mi barco entró en el puerto la niebla era tan densa que un práctico tuvo que guiarnos hasta el muelle.
–Mira a tu alrededor –dijo la muchacha–. Aquí hay gente de todas partes: marinos, buscavidas, mirones... Gente que también viene de la niebla y que al pisar cada noche el asfalto húmedo se pierde en la bruma. Sólo nosotras permanecemos fieles a este local, esperando continuamente.
–¿Cómo te llamas?
–Mi nombre es Alicia, pero un marino griego me llamó un día Penélope y desde entonces me gusta más que mi propio nombre.
–Está bien, Penélope –dijo el hombre levantándose–. Ahora tengo que irme.
–¿Adónde?
–No lo sé. Solamente cuando haya llegado sabré que me dirigía allí.
–¿Volveremos a vernos?
–Lo ignoro. Creo que no depende de mí.
–No vayas a perderte en la niebla.
–Probablemente sí.
La puerta se cerró tras él, y Penélope se dirigió hacia el mostrador donde acababan de acomodarse varios hombres de mar. Así pues, no pudo ver que un caballero de mediana edad entraba en el local y se situaba en una mesa sumida en la penumbra y, pidiendo una bebida, se dedicaba a estudiar detenidamente el ambiente como venía haciendo desde varias noches atrás.

* * *

Una ráfaga de aire halado se coló en el local al abrirse al puerta, y Penélope fijó una vez más su vista en la entrada esperando, como cada noche, que reapareciera el que se perdió en la niebla.

Al cabo de un buen rato lo vio sentado en una de las mesas y rechazando la compañía de una de las muchachas.

–¿Puedo sentarme?

El levantó los ojos sonriente y la invitó a compartir la mesa y la bebida.

–Creí que no volverías nunca –dijo Penélope.

–Yo también lo pensaba.

–¿Dónde has estado?

–Como tú supusiste, apenas puse los pies en esa callejuela, me perdí en la niebla, y creo que he estado errando hasta ahora mismo. De pronto me encontré ante la puerta del local y pensé que resultaría agradable pasar un rato contigo.

–Te he esperado durante muchas noches.

–No en vano eres Penélope.

–Y tú, ¿cómo te llamas? –insistió ella una vez más.

–Te prometo que no lo recuerdo. Quizá sea Ulises...

–Me estás tomando el pelo –repuso la muchacha solicitando del camarero por medio de una seña una botella de champán.

–¿Cuál es tu barco?

–Puede serlo cualquiera.

–¿Y tu destino?

–Eso no está en mis manos. No soy el capitán del navío. Creo que otro lo dirige por mí y yo tengo que limitarme a cumplir órdenes –repuso el improbable marinero.

La joven apuró su copa de champán, y levantándose con decisión, invitó al hombre a que la siguiera.

–Deseo estar contigo –dijo ella–. Ven a mi habitación.

Apenas habían subido el último tramo de escaleras, se abrió la puerta del local y penetró en él un caballero de mediana edad, que se sentó en una mesa apartada del bullicio general y, solicitando una consumición, se dedicó a observar el ambiente y las gentes. Y quizá echó de menos a Penélope.

La muchacha encendió un cigarrillo y se lo pasó al hombre, que yacía desnudo sobre la cama. Este aspiró ávidamente el humo y cerró los ojos para gozar más intensamente del placer momentáneo.

–Me has amado con la impericia del que no lo ha hecho nunca y con la sabiduría de quien todo lo aprende en un memento –dijo ella–. Y con el arrebato del que teme quizá no volverlo a hacer jamás.

–¿Cómo lo sabes?

–Son cosas de la amarga experiencia –repuso la muchacha.

–Ha sido como la primera vez. Todo lo que hago me resulta nuevo e insólito: tocar una pared, acariciar tus labios, escuchar una música, volver el rostro hacia otra parte, respirar... –confesó–. Y no vayas a preguntarme de dónde vengo ni cómo me llamo, porque no lo recuerdo, si acaso lo he sabido alguna vez.

–Si huyes de algo o de alguien, si no deseas recordar lo pasado, aquí tienes un refugio seguro.
–Deseo recordar, pero no puedo. Todo lo que no sea presente se me escapa –musitó él con un tono doliente.
–No te preocupes si has perdido la memoria de las cosas. He deseado tantas veces que ése fuera mi caso...
–No recuerdo el pasado. No sé quién soy ni de dónde procedo.
–Acaso –manifestó la joven– has cometido un crimen que no deseabas, y la naturaleza, sabiamente, lo oculta con el resto de tu vida pasada.
–Ignoro si es cierto lo que dices, pero lo que sí sé es que me encuentro flotando en una niebla, como la que envuelve a estas horas el puerto. Por eso desconozco quién soy y de dónde procedo...; hay algo, no obstante, que no puedo olvidar.
–¿Una mujer? –preguntó la muchacha volviendo el rostro hacia la ventana.
El negó con la cabeza y repuso.
–Recuerdo perfectamente un hecho del futuro. Yo soy el asesino de un crimen que todavía no he cometido.
–Entonces estás a tiempo de evitarlo.
–No lo creo posible, pero quizá...
–Te quiero –suspiró la muchacha estrechándose junto a él.
–Eso es lo único que me podría salvar. Recuérdalo, porque mi memoria es tan efímera que sólo tengo conciencia del presente, y aun así existe quien dirige mis pasos hacia la bruma. Cada vez que bajo la guardia me encuentro caminando por el muelle envuelto en niebla sin saber si el siguiente paso me precipitará en el mar. Y aquí no cabe decir –continuó–: ¿qué crimen he cometido para que alguien desee mi fin?, sino> ¿qué crimen voy a cometer para que la víctima pretenda convertirse en mi asesino?
Y diciendo estas palabras se incorporó y comenzó a vestirse de espaldas a la muchacha.
–Ahora tengo que irme –manifestó–. Deseo con todas las fuerzas de mi corazón volver a verte, pero no depende de mí coencontrar el camino de vuelta. Hay quien hará todo lo posible para que me extravíe en la bruma. Recuerda cómo soy. Tócame una vez más para que puedas reconocerme fácilmente. No vayas a confundirme con mi víctima, porque quizá entre los dos pueda haber muchos puntos de contacto.

* * *

–¿Quiere sentarse conmigo, señorita?
–Encantada –repuso la muchacha esforzándose por sonreír.
–Parece triste –manifestó el caballero–. ¿Por qué no me cuenta qué cosa la aflige?
Ella sonrió, esta vez de buena gana, y respondió:
–Yo estoy aquí para todo lo contrario, para escuchar confesiones ajenas; para que los hombres depositen en mí sus congojas una a una ahogándome con ellas, mientras consumimos champán.
–¿Espera a alguien? Hace varias noches que la observo y cada vez que se abre la puerta vuelve la cabeza con ansiedad.

–¿Se ha dado cuenta?
–En mi oficio es fundamenteal la observación querida, y he notado que aguarda impacientemente la llegada de una persona.
–Es cierto, no puedo negarlo, pero es también posible que sea una espera inútil –comentó tristemente la joven.
–¿Infiel a sus promesas?
–No –articuló la muchacha con voz débil–. Si acaso a sus deseos, o quien sabe si no es suya la culpa de que no haya encontrado todavía el camino de vuelta. No recuerda el pasado y, sin embargo, no padece de amnesia...
–Parece surgido de la nada... –opinó el caballero.
–Usted que tanto mira y parece observar cada cosa detenidamente, ¿no le habrá visto errar por alguna de esas callejuelas que conducen al puerto? Podría describírsele así...
la joven fue trazando un bosquejo del que se perdió en la niebla, y a medida que lo hacía, su rostro se iba iluminando con una sonrisa al recordar los rasgos del rostro de aquel hombre. Y simultáneamente al curso de la descripción, la faz de su compañero de mesa comenzó a ensombrecerse.
–¿Lo ha visto? –repitió ella anhelante.
El caballero negó con la cabeza, e inició un comentario que no llegó a salir de sus labios.
–¿Lo conoce? –insistió la muchacha.
–No lo he visto en mi vida –repuso el caballero que parecía abatido–, pero es posible que acaso le conozca.
La puerta del local se abrió de nuevo, y la muchacha dirigió sus ojos hacia la entrada.
–Espera inútilmente –comentó el caballero–. El que aguarda no vendrá esta noche, por lo menos mientras yo permanezca aquí.
–¿Cómo lo sabe?
–Soy muy observador, usted lo ha dicho antes. Y debo confesarle que si bien cuando descubría este local todas mis aspiraciones estribaban en el estudio detenido del ambiente, con fines que cualquier día de éstos le revelaré, desde hace algunas noches –prosiguió el caballero–toda mi atención se ha centrado en usted. Su belleza y su aire triste me han llegado a cautivarme de tal modo...
–No siga –manifestó la muchacha llevándose un dedo a los labios–. Es posible que esas palabras que ahora le impido pronunciar me hubieran agradado en otro tiempo, pero...
–Alguien se me ha adelantado...
Ella asintió suavemente, pero con firmeza.
–¿Puedo tener la esperanza de que algún día...?
–No puedo impedirle que alimente ilusiones.
–Yo creo con tal fuerza en lo que hago que quizá mis deseos sean capaces de modificar la realidad –añadió el caballero–. De hecho muchas personas así me lo aseguran. Yo creo mundos nuevos o transformo los que ya existen a fin de poner coto a la monotonía.
La joven advirtió que su interlocutor se sumía en una profunda tristeza.
–¿Qué busca en este sitio, que con toda seguridad no acostumbra a frecuentar?

–Observar, estudiar, conocer toda clase de ambientes a fin de que sirvan a mis propósitos. Contemplar fríamente el panorama desde la oscuridad de un palco sin participar en el espectáculo, y seguramente ése ha sido el error de mi vida: no descender al patio de butacas ni lanzarme a la pista. Aunque quizá...

–Continúe...

–... Quizá alguien lo haya hecho ya por mí –musitó el caballero, y volviéndose hacia la muchacha manifestó con vehemencia–: Te quiero, y que Dios me perdone si recurro a todos los medios de mi alcance para conseguir tu amor.

–Si de veras me quiere, y como me ha parecido comprender conoce al hombre que, se perdió en la niebla, haga lo posible por que regrese a mí, y si, según me ha confesado, él no hará acto de presencia mientras usted continúe aquí, le ruego que abandone el local y vuelva cualquiera de estas noches. Prometo que le haré compañía.

–Por complacerte voy a acceder a tus deseos –manifestó el caballero–, pero has de saber que si tu enamorado es tal cual lo has descrito, yo ejerzo un dominio completo sobre él y su ser me pertenece por entero –y adoptando un aire compungido añadió–: Mi deseo de ti era tan fuerte... Había estudiado tan perfectamente la decoración..., el ambiente..., sólo me faltaba lanzarme al escenario, y de alguna manera así lo he hecho...

–Acaso es usted un servidor de la justicia? Nadie puede perseguir a nadie por un delito todavía no cometido –significó la joven–, o quizá... –e interrumpió la frase no atreviéndose a continuar.

–Sólo puedo decirte –repuso el caballero–que entre él y yo hay más de dos puntos en común. Abandono momentáneamente la palestra confiando en que, si acaso vuelve por aquí, amándole a él me amas en cierto modo a mí.

–Es curioso... –reflexionó la joven en voz alta–. Quizá sea usted la persona a la que él anda buscando, en cuyo caso le recomiendo fervientemente, se lo ruego, que no vuelva a aparecer por aquí. Antes de despedirse, me pidió que tocara su cuerpo para identificarle con más facilidad, no fuera a confundirle con alguien con el que tiene muchos puntos de contacto –prosiguió la muchacha–. No quiero oír hablar de crímenes futuros.

El caballero se despidió afectuosamente de la joven y abandonó la taberna mientras ella, procurando esquivar a lso clientes, se preservaba libre por si el que se perdió en la niebla aparecía.

* * *

«No ha transcurrido más de una hora cuando tú apareces. La muchacha, rodeando un grupo de borrachos, acude a tu encuentro sonriente y os sentáis en una de las mesas solicitando una botella de champán que apenas si probáis. Ella insiste en que subas a su cuarto, desea estar contigo, que la ames, y tú también lo anhelas, pero, sin saber bien por qué, le ruegas que se demore un poco más. No te sientes dueño de ti mismo, tu voluntad se anula y te das cuenta de que poco a poco te vas hundiendo en la niebla de la cual has surgido. De la cual yo te he hecho surgir. Acaricias su mano suavemente y fijas tus ojos en los suyos

mientras le declaras mi amor. Le dices que nada tiene que temer por que está empezando a abandonar la idea que había surgido en ti. Nada de crímenes futuros. Ella te mira interrogante y repite la eterna pregunta»:

–¿Tú quién eres?

–¿No te basta con saber que he vuelto? –repuso el que había regresado de la niebla.

–¿De dónde has vuelto?

–Hay alguien que guía mis pasos, ya te lo he dicho. Una indeseada providencia que me conduce hacia un futuro que desconozco tanto como mi pasado, excepto en una cosa: Que Dios me perdone, pero te quiero tanto que por tu amor sería capaz de todo. Incluso de matar al Creador.

–¡Calla! –intervino gozosa la muchacha–. Si desbarras de ese modo por mí, me tiemblan las rodillas y siento que se derrite todo lo malo que los años han ido acumulando en mi alma. ¿Dónde has estado?...

–En una niebla densa y pegajosa, en una nada aletargante de la que no he podido surgir hasta hace un rato: el olvido. De pronto me ha encontrado en las cercanías de la taberna, y he notado como una extraña presencia se deslizaba a mi lado: la imagen de mi futura víctima.

–¿No has dicho que ya no pensabas en crímenes futuros?

(«Le aseguras que ya no deseas participar en crímenes futuros. Afirmas que no sabes si podrás volver. Hasta llegar a confesarle que sabes que conoce a otro hombre, con el que te unen muchos puntos de contacto y en el que confías plenamente.»)

–No puedo desechar ese crimen. Presiento que conoces a otro hombre –dijo él– en el que no confío en absoluto, a pesar de que a él sospecho que me unen muchos puntos de contacto. No te apenes; afirmo solemnemente que continuaré regresando de la niebla.

–¿Y el crimen? –repitió la muchacha.

(«Le dices que no piensas...»)

–Pienso continuamente en ello, y no puedo elegir: se trata de su vida o de la mía –repuso el de la niebla.

–¿Por qué ese fatal empecinamiento? ¿Es que quieres perderte?

–Al contrario. Desde el principio supe (desde el momento en que me surgió de la niebla y me condujo a este escenario) que tendría que luchar fatalmente para conseguir sobrevivir, para seguir conservando tu amor.

–Subamos a mi cuarto –dijo la joven.

(«Le dices que no puedes, que tienes que marcharte ya...»)

–Quisiera... No puedo –vaciló él–. Tengo que marcharme ya. Es algo superior a mis fuerzas. Quisiera decirte que...

(«Quieres decirle que me ame, que todas las noches vengo a contemplarla, que yo soy el verdadero y tú el falso...»)

–Quisiera decirte... Te diré –afirmó con resolución– que no ames a ese hombre, aunque todas las noches venga a contemplarte, que es falso, y que yo soy lo único verdadero, que...

(«Fin del capítulo»)

La puerta de la taberna se cerró, y la muchacha quedó sola mientras el hombre se perdía en la niebla.

* * *

Una hora más tarde advirtió que el misterioso caballero le hacía señas desde una de las mesas más retiradas. La joven se sentó a su lado y le rogó con desesperación:

–¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué le ha llamado? –gimió–. Es cierto que usted tiene una influencia sobre él, pero le ruego que no la utilice negativamente. Ha de saber que tiene intención de matarle en una futuro próximo.

El caballero no pareció haber escuchado sus palabras, y la contempló ensimismado. Unos instantes más tarde musitaba:

–Ya no tengo necesidad de él, incluso se me está rebelando. Ahora que estoy en tu presencia y que me he atrevido a descender de mi torre de marfil, ¿para qué quiero intermediarios y terceros que, si bien creados por mí, se subleven contra su creador?

–¿Cómo se entiende? –inquirió la muchacha.

–Ni yo mismo lo sé –dijo el caballero–. Sólo a través de tus explicaciones he intuido que uno de mis personajes de ficción había tomado vida y rebasado los límites de lo que, generalmente, ha de considerarse prudencial. Escúchame con atención –pidió el interlocutor de la joven–. Yo soy un novelista famoso con gran capacidad para la fabulación. Necesito, no obstante, desplazarme a fin de conocer diferentes ambientes y distintos lugares en los que situar la acción de mis relatos, por eso te dije en una ocasión que era capaz de modificar la realidad con la fuerza de mi imaginación. El primer día en que pisé esta taberna quedé prendado de tu hermosura, pero debido a mi natural distanciamiento y a mi imparcial curiosidad, debido sin duda al anquilosamiento de los que antaño fueron mis afectos, no descendía a la arena, que es tanto como decir que renuncié a tu amor de antemano. No obstante, al ir escribiendo la novela para la que buscaba en estos barrios un ambiente adecuado, el deseo de ti tomó tal fuerza en mi alma que creé un personaje del que te enamorabas y al que ofrendabas sin reservas todo tu cariño. Este personaje sin pasado, y como surgido de la niebla y confinado en ella, cuando a mí, que soy su creador, me convenía ha comenzado a tomar vida propia de forma tan inquietante que ahora, conociendo que soy su creador, y que tan sólo le ha engendrado el poder de mi imaginación, sabiendo, en resumidas cuentas, que es un sosia de mí, y que nos unen muchos puntos de contacto, cosa inevitable y lógica en la relación del creador con su obra, ha decidido, utilizando la fuerza de mi propia fabulación, terminar conmigo y asentarse definitivamente en una realidad que no le corresponde, y en la que yo mismo le había instalado provisoriamente. Cada vez que yo escribía un capítulo de la novela, él surgía de la niebla y hacía su aparición en la taberna, pero, y esto es lo que me ha decidido a terminar la narración de forma violenta, al conocer mis propósitos de destruirle ha decidido anticiparse a mí y asesinarme.

La joven permaneció pensativa unos instantes, y después afirmó resueltamente.

–Estando así las cosas, debo decirle que me inclino por la fantasía. Le escojo a él, cosa que no debería disgustarle del todo, porque amando a ese hombre en cierto modo, e inevitablemente, le estoy amando a usted. Pero atiéndame –continuó la muchacha–. ¿Por qué ha de destruirle? ¿Acaso tiene tanta fe en su propia capacidad de fabulación que teme ser

asesinado por una criatura de ficción? –preguntó.
–No hay nada más terrible que el creador tenga que destruir a su criatura, y sin embargo es justo reconocer que al dar la vida ya se está haciendo donación de la muerte –repuso el novelista–. ¿Acaso no confundió Dios a sus más bellos ángeles cuando se rebelaron contra El?
–Que engreimiento –exclamó la muchacha–. No hay comparación posible. Está usted sumiéndose en el mismo pecado de los ángeles caídos: la soberbia. ¿Acaso dispone de medios para hacerle desaparecer?
–Nada más simple. Me bastará para certificar su muerte describirla en un folio.
–Qué sencillo y que limpio. Sin mancharse las manso. Espero y deseo que la tinta se le convierta en sangre si llegara a ese extremo.
–Por otra parte –añadió el caballero–, su amigo lleva camino de cometer un lamentable error, porque, es de suponer, que si acaba conmigo se producirá de inmediato su muerte. Yo soy su único sostén. Constituyo su providencia: velo de continuo por su supervivencia. Cada segundo de su vida lo debe en exclusiva a un acto de creación continua que yo ejerzo.
–Es posible que ese hombre ya no le pertenezca por entero... y que por una vez los lazos entre el creador y la criatura se rompan sin que eso presuponga la muerte del segundo.
El novelista se puso en pie y apuró su copa. Después dijo:
–¿Tú crees? ¿Qué otra fuerza podría sostener a una criatura surgida de mi inteligencia?
–La fuerza de mi amor –repuso con firmeza la muchacha.
–Razón de más –declaró el caballero– para que no me arriesgue en absoluto –. Y diciendo estas palabras abandonó la taberna.

* * *

«Desesperado por no sentirte sino en el presente, angustiado por el vacío de saberte sin un pasado y con un futuro incierto, obligado a aparecer y desaparecer, a surgir y a ocultarte en la niebla a instancias de una agobiante providencia, has decidido poner fin a tu existencia y sumirte definitivamente en la bruma de la que te surgieron. Te encaminas hacia el puerto envuelto en una densa nube sin saber si el siguiente paso...
... Te encaminas hacia el último chalet de la calle y ves que una de las ventanas del ático está iluminada. El jardín se encuentra desierto, y supones que la cancela se abrirá desde fuera. Atraviesas..., atraviesas el...

... no sabes si al dar el siguiente paso te precipitarás en el vacío, desaparecerá la firmeza del muelle y te sumirás en las aguas sin memoria donde reposarás para siempre. Escuchas el batir de las invisibles olas contra el malecón deseando que tu vida, la vida que yo te he prestado, no se prolongue muchos minutos más. Desde...
... Desde las escaleras llega el monótono...
... llega el monótono golpear de las olas cuyas salpicaduras humedecen tu rostro...
... llega el monótono teclear de una máquina de escribir. Asciendes al

primer piso sin tropezar con nadie... y recorres...

... el borde del rompeolas envuelto en furiosas ráfagas de viento recreándote en la idea de que al final se hallará a tu alcance dentro de unos instantes...

... recorres lentamente todas las habitaciones recreándote en la idea de que yo me hallaré a tu alcance dentro de unos instantes.

Una vez en el ático...

... llegas a contemplar el mar que bulle a una decena de metros bajo tus pies y anhelas que sus aguas se cierren sobre tu cadáver...

... recorres el pasillo guiado por el martilleo de la máquina hasta que te encuentras en el umbral de la habitación iluminada, al fondo de la cual , y de espaldas a ti, continúo escribiendo, no sé si ajeno o no a tu presencia...

... en lo alto de la muralla. Vuelves a vacilar, pero piensas en ella y no deseas condenarla a compartir una existencia fluida y discontinua. Con paso lento inicias el recorrido que te separa del borde del murallón...

... que te separa de mí, que, como presintiendo algo anormal, vacilo un segundo en mi continuo teclear par reanudarlo acto seguido con redoblada energía. Te sitúas...

... en el extremo del rompeolas y miras obsesivamente las aguas mientras no te atreves a musitar una oración porque tendría que ir dirigida a mí...

... te detienes unos instantes deliberadamente esperando que yo me vuelva reparando en tu presencia, pero no lo hago. Yo sé que te encuentras aquí, pero tengo que darme prisa y poner término a la tarea emprendida antes de que tus manos rodeen firmemente mi cuello...

... Exhalando un profundo suspiro...

... te dispones a poner fin a tu existencia en esta loca carrera contra el reloj, y...

... mis dedos martillean la postrer palabra de mi narración cuando...

... cuando te lanzas... cuando te lanzas...cuando te abalanzas...

... cuando las aguas...

... cuando te abalanzas sobre mi garganta y la oprimes con todas tus fuerzas hasta que dejo de agitarme y me derrumbo sobre la máquina como un muñeco desmadejado. Mi frente choca contra varias teclas, y en el lugar en que debería haber aparecido el último vocablo, queda escrita una estrambótica palabra carente por completo de vocales, una vez imposible e ilógica, que sin embargo conviene perfectamente a tan insólito discurso: TGBHF.»